

a sufrir la pena debida por nuestros pecados? Y al verte, oh Rey soberano de los ángeles, ligado con lazos de amor suavísimo al sacerdote que te manda ¿quién no sentirá sepultarse en los más hondos senos del alma el espíritu de *rebelión*? Y ¿a quién no admira la sublime dependencia de Cristo Eucaristía poniéndose en las manos del sacerdote por indigno y pecador que sea, dejándose llevar por éste hasta el horrible pecho en donde anida una conciencia en pecado mortal? ¿Podremos hallar modo más perfecto de contrarrestar el espíritu de *libertad desordenada* que nos incita a practicar cuanto queremos, sin más consideración que ser tal nuestro querer? Y, por último ¿en dónde hallaremos más vivo acicate para no pecar, que en la absoluta dependencia del Rey de reyes, para enseñarnos a depender constantemente, de Dios, y apartarnos así del hondo abismo de la *costumbre de pecar*, que es el duodécimo grado de la soberbia, según la estudia S. Tomás.

¡Con cuánta razón, considerando la humildad del Hijo de Dios vivo, todos los santos y sabios han quedado absorotos, siéndoles imposible estimarla en su justo valor! «Si tú te humillas, por tí mismo haces; más humillándome yo, por tí me humillo. No temas, por consiguiente, humillarte, como si hubieras de perder algún honor. Por mucho que tú te abajes nunca descenderás tanto cuanto tu Señor descendió por tí». Hermosas palabras que pone en boca del divino Maestro el elocuentísimo S. Juan Crisóstomo. Que aprendiéramos de El a ser humildes nos dijo el mismo Hijo del Hombre, pero ¿cómo podremos nosotros entender ese abismo de humildad y penetrar hasta su fondo? Imposible.

Amadores de mayorías, sólo apetecemos ser los más emcumbrados sea el que quiera el estado y condición en que vivimos, pues sabido nos es que nada hay tan distante del ansia de ser a otros preferido como en el oficio de apóstol, y entre aquellos mismos, que para tal oficio eran educados por Cristo, llegó a infiltrarse el ansia de prevalecer en los unos sobre los otros hasta que nuestro Salvador exclamó diciendo: «El que quiera ser el mayor entre vosotros que sea el servidor de todos» y reprendiendo a S. Juan y a Santiago que por boca de la madre de ellos le pedían los dos primeros lugares del reino que El había de fundar, les dijo este misericordioso reproche: «No sabéis lo que os pe-